



Tununa Mercado y Noé Jitrik, Mérida, Venezuela, 2005

Foto: Vasco Szinetar

ODISEA ENTRE SANTIAGOS

Mariano Picón-Salas (1901-2001)

DOMINGO MILIANI

A Nelson Osorio, a Imtrud Koenig.

MUNDO DE ORIGEN. SANTIAGO DE LOS CABALLEROS DE MÉRIDA

La vida personal o la Historia no es sino la nostalgia del mundo que dejamos y la utopía ardorosa, siempre corregida y rectificadora, de ese otro mundo a donde quisiéramos llegar.

M. Picón-Salas

(Adolescencia, Valparaíso, 1923)

Todo mito es un viaje. Todo viaje, un desafío al destino. El viaje de Telémaco es una busca de identidad en la imagen paterna. El de Ulises un retorno a la tierra de los padres. La vida de Mariano Picón-Salas (no la obra, otra historia, otro texto) podría leerse como un viaje mítico en tres instancias espaciales. La primera, mundo de origen, sería Santiago de los Caballeros de Mérida (1901-1920). La siguiente, camino de las pruebas y adquisición de un saber, se ubicaría en Santiago del Nuevo Extremo, o Santiago de Chile (1923-1936). La última, apoteosis y caída del héroe cultural ocurrirá en Santiago de León de Caracas (1936-1965).

En una "Pequeña confesión a la sordina", (*Obras Selectas* [1962]), Picón-Salas revela que: "Acaso contra mi voluntad, el Destino me impuso una vocación de escritor nómada, y por ello mis escritos obligan frecuentemente al lector a largas expediciones por el mapa".¹ En verdad,

casi no hay página suya que no remita a marcos espaciales de cultura o de paisaje en asociaciones contextuales, nada fortuitas, donde su extraordinaria capacidad viajera, interior y exterior, puede llegar a perdernos.

En una “Divagación sobre los viajes y sobre el Puerto de Iquique”, escrito en Chile (1935), hay una estética del viaje: “De cierta manera un viaje es como la adición de pequeños hallazgos y reconocimientos del viajero con climas, costumbres y personas distintas. Ojos penetrantes, estómago firme y cortesía para interrogar a las gentes y a las cosas sin prevenirlas ni asombrarlas, deberían ser los méritos y eficiencias del hombre que viaja: no advertir solamente lo grandioso, sino captar también lo menudo”.²

Santiago de los Caballeros de Mérida, mundo de origen, evocado muchas veces con nostalgia e ironía, es el desafío al crecimiento del hombre. Mérida es, como ninguna otra ciudad venezolana, un espacio donde coexisten, a lo largo de su historia, el recogimiento religioso medioeval con la picardía del oculto mundo universitario, la polémica doctrinaria con las excomuniones, la presencia viva de los credos indígenas con la búsqueda de objetividad científica, la historia con el mito, la magia y el conjuro con la taumaturgia religiosa o herética, el puritanismo con el liberalismo de la cotidianidad. Un novelista colombiano, Armando Romero captó los mundos subyacentes de la vida académica en *La piel por la piel*.

Si la mentalidad medioeval de algunos clérigos excomulgó a catedráticos universitarios por sus ideas avanzadas, o por ancestros sefarditas, hubo otros sacerdotes como el Obispo Torrijos, que en el siglo XVIII llevaron instrumentos químicos y físicos, difundieron el pensamiento moderno a través de libros actualizados y participaron en las tertulias e instituciones cuyo sentido emprendedor fue operando un cambio en el aislado medio geográfico. De todo aquel fermento no es raro que Mérida tenga un santo librepensador como Jacinto Plaza, un misterioso personaje como Gregorio de la Ribera, medio diabólico y medio milagroso, con virtudes para hacer que aparezcan objetos perdidos, y hasta historias de amor y dolor como la referida por Charles Empson (1836)³ sobre Leona Leyba –descendiente de incas por vía materna– y Mateo Luzano, soldado patriota, cuyos amores furtivos impedían que se cumplieran los deseos de doña Isidora, la viuda del realista Ildelfonso Leyba, para que su hija, refugiada en Lima en el Convento de Santa Rosa, profesara en entrega a Dios. Su héroe enamo-

rado llegaba en calidad de peregrino para orar junto a la amada, guión potencial para telenovela, ubicada en un pasado entre místico y picaresco que alimentó la vida montuna. La misma donde algunos mantuanos enviaban a los indios hasta la sierra nevada a traer hielo para refrescar sus bebidas, mientras en algún otro lugar de la ciudad, dos hermanos, Emilio y Juana Paula Maldonado, en el día coleccionaban mariposas y por la noche, amorosos, observaban las estrellas con un telescopio. Entre la austeridad y la picardía, las tertulias literario-científicas y el recogimiento religioso de hogares petrificados en una edad media familiar, transcurre la existencia del joven Mariano Picón-Salas.

En Mérida despuntó el intelectual precoz y algo atrevido. Disertó muy temprano sobre temas del arte contemporáneo, invitado por un rector universitario, médico positivista, don Diego Carbonell a quien debió las incipientes lecturas de Nietzsche (“el último pagano”, escribirá), el inevitable *Ariel* de Rodó y la incorporación a un grupo intelectual positivista congregado en torno a la revista *Génesis*. Mario Briceño Iragorry, copartícipe de aquella experiencia intelectual escribe que

...Carbonell, acabado de regresar de Europa con las alforjas llenas de ideales y proyectos, se presentaba a la metrópoli andina como una verdadera revolución. [...] Habían desaparecido clarisas y agustinos, mas, el espíritu claustral se mantenía adherido a los viejos portales y a las herméticas ventanas de las casas en su empingorotado señorío. Tal era el silencio y la quietud de la urbe, que el transeúnte percibía en la noche, tupida de neblina, el ruido del agua subterránea que primitivo acueducto llevaba a través de la ciudad. [...] El progreso, que llegaba sobre el tardo lomo de las bestias, carecía de fuerza para destruir la abulia fomentada por las enquistadas costumbres coloniales contra las cuales embotaron sus lanzas los intrépidos jóvenes de *Génesis*.⁴

La temprana curiosidad por el mundo del arte plástico aguzó mirada y oído de un ensayista donde la imagen visual domina expresada en eufonía de lenguaje, en sintaxis de la cortesía, orientada más a convencer que a derribar. En su “Divagación sobre los viajes” definía al viajero como

“un hombre para quien mirar ya constituye un goce y acontecimiento”. En la plenitud de su oficio ensayístico observa que para “el novedoso espíritu sudamericano [...] el pensamiento es como otra forma de sensación”. E interpreta la cultura francesa como una versión del epicureísmo que “ha sabido guardar, en un tiempo tan mecanizado como el nuestro, el amor de la existencia, la concepción de la vida como obra de arte”.⁵

Junto a su condiscípulo Mario Briceño Iragorry, publicó, igual que cientos de adolescentes hispanoamericanos, una revista llamada *Ariel*, obligado homenaje a Rodó y su libro paradigma. En el adolescente de 18 años pugnaba por emerger el escritor, cuando estudiaba Derecho en una Universidad “con una ciudad por dentro”, como él la describió. En sus aulas y espacios urbanos campeaban el romanticismo patriarcal de don Tulio Febres Cordero, los aires modernistas del poeta bohemio Emilio Menotti Spósito y el positivismo filosófico presidido por el etnólogo Julio César Salas, uno de los primeros venezolanos incorporados a la Sociedad Internacional de Americanistas, lector de Fourier, Saint Simon y otros socialistas utópicos.

Picón-Salas, en la primera Santiago (Mérida), nutrió su erudición precoz en aquellos volúmenes de Clásicos Castellanos de Espasa Calpe, que se hinchaban con la humedad por la textura algodonosa del papel e integraron parcialmente las bibliotecas de innumerables abuelos. Aprendía rudimentos de francés con un ductor particular: monsieur Machy. Era asiduo a las tertulias del Hotel Mérida, regentado por el poeta Emilio Menotti Spósito, quien imbuido de un marxismo larval preconizaba ya la necesidad de fundar organizaciones obreras en un aldeón campesino. Emilio Menotti recitaba en su idioma de origen *Les fleurs du mal*, de Baudelaire y obsequiaba vinos europeos de buena etiqueta, “apellation controlée”, aunque algo avinagrados por el mareo de las cruentas navegaciones y el bamboleante trayecto de recuas hasta aquel rincón olvidado. Picón-Salas, el contertulio, conocía los poemas del uruguayo Emilio Oribe, los textos caligramáticos de José Juan Tablada, publicados en la prensa caraqueña. (Tablada desempeñó una corta misión diplomática en Venezuela). Otras lecturas de formación fueron las novelas de Eça de Queiroz, a más de las célebres figuras modernistas: Rubén Darío, José Asunción Silva, también

diplomático en Venezuela por 1893, otra vez el inevitable maestro José Enrique Rodó, Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez.

Entre los familiares del joven Picón-Salas, residía y escribía en Mérida Gonzalo Picón Febres. Editó en 1903 una *Literatura Venezolana del siglo XIX*, con la cual ganó prestigio dentro y fuera el país. Se carteó e intercambió libros con Unamuno, Rodó y Julio Cejador. Este último, desde Madrid, le pedía informaciones para su *Historia de la Lengua y Literatura Castellana: comprendidos los escritores hispanoamericanos* (1915), editada en diez volúmenes. Don Gonzalo tenía fama de hurafío. Quién sabe cómo se enteró Picón-Salas de aquella correspondencia de su pariente con el célebre sacerdote español. Tal vez por Roberto Picón Lares, uno de los hijos del crítico merideño y joven profesor en la Facultad de Derecho, con quien Mariano y Briceño Iragorry cultivaron estrecha amistad. Lo cierto es que Picón-Salas, aprendiz de intelectual, con 16 años de edad, tuvo la osadía de escribirle a Cejador una pomposa carta fechada el 29 de octubre de 1917 y cuya transcripción vale la pena, casi como un rescate y un anuncio del futuro hispanoamericanista:

Al notabilísimo filólogo y erudito crítico, don Julio Cejador./ ¡Salud!
/ Señor mío: / mi juvenil y exaltada admiración ha seguido los pasos de Ud. a través de obra tan portentosa y bien documentada como su *Historia de la Literatura Española*. ¡Bien por las cenizas del maestro Marcelino, que al hundirse en la tierra dejaron polvo de luz que fue recogido en cristalino envase de mentes como la suya! De obras como la de Ud., apenas he logrado la dicha de leer dos volúmenes, que conseguir los otros fue para mí empresa infructuosa. ¿Le sería a Ud. fácil vencer los medios para proporcionármelos?

Por referencia sé que Ud. tratará en uno de los tomos de su estudio, de la Literatura americana contemporánea. Yo aunque apenas empecé (sic) a borrar cuartillas de unos tres años para acá en revistas y periódicos de mi país, llevo publicadas varias disertaciones sobre crítica literaria, entre ellas, juicios sobre obras y escritores de mi país que podría proporcionarle y que en obsequio suyo ampliaría con más datos. Para que juzgue Ud. sobre mis teorías artísticas, le incluyo a ésta un folleto que contiene la conferencia que

dictaré la noche de hoy 28 de octubre, onomástico del Libertador Simón Bolívar, en acto público y solemne de la Universidad de Los Andes e intitulada: "Las nuevas corrientes del arte". Empeñaría mi agradecimiento *el que Ud. hiciera publicar este breve trabajo en la revista de ese Ateneo* [subr. nuestro], que tendencia de muchos espíritus es el acercamiento de estos países con la Madre Patria, que más que con lazos de oro y comercio se hará con lazos de pensamiento.

Espero órdenes tuyas, le ofrezco mi ayuda espontánea en lo arduo de su labor, que ante el foco de sus conocimientos, será tenue lamparilla de aceite...⁶

La perplejidad del historiador español es imaginable. Obviamente no respondió la carta, por más que, en la post-data, el joven Mariano añadía: "*Pienso escribir un juicio sobre Ud., en que me mostraré su apolo-gista, especialmente en idea suya tan sensata y medida como la sobre Ru-bén Darío, rebatida con el lirismo nada analizador de Emilio Carrere*".

La audacia de aquel adolescente podría imputarse a exaltación emocional, motivada por su primera conferencia que iba a leer esa noche en la Universidad, algo importante en grado extremo para un joven, si no fuera porque el silencio del sacerdote peninsular, en lugar de frustrarlo lo indujo a persistir. En febrero del año siguiente (1918), vuelve a escribirle. Lamenta no haber obtenido respuesta. Insiste en solicitarle los volúmenes de la *Historia*, favor que promete retribuir, una vez más, con datos de escritores venezolanos, una tarea que su pariente Picón Febres cumplía a medias, pues se hallaba muy enfermo del mal que lo llevó a la muerte en Curaçao el 6 de junio. Remite a Cejador un recorte del diario *El Universal*, donde traza un boceto biográfico del escritor merideño Felipe Tejera. Y Mariano, ofendido, comenta con su ilustre corresponsal: "En el encabezamiento que le pusieron a esa crítica mía, me dijeron niño de quince años y para esa época yo ya había cumplido dieciséis." Le anexa también otro recorte de su texto "Bolívar sociólogo", publicado en una revista ecuatoriana que no identifica. Eran los "primeros fuegos de la vocación".

Lo que más asombra es que Picón-Salas tuviera ya esa conciencia de actualizarse en lecturas y consagrarse a escribir para proyectarse

con dimensiones extranacionales, en aquella ciudad aldeana, perdida entre nieves eternas de los Andes venezolanos: "... eran las noches insomnes en que a través de los poetas y novelistas, de todo lo que se dijo sobre la sorpresa o la angustia del mundo, quería esculpir mi propia alma. Alma liberada de la tribu, de los actos reflejos y las convenciones de tantas gentes; alma tentada, atormentada y arisca que casi conjura un destino de exclusión o de maldición. La sensibilidad aguzada en la meditación solitaria, en su sorprendente comarca de fantasmas, traza entre nuestro yo y los otros una frontera intransferible".⁷ Esa toma de distancia con un medio conventual y saturado de prejuicios fue su salvación y su condena. Salvación de municipalizar su alma y su inteligencia, condena al destierro de su mundo origen hasta hoy. La figura de su intelectual más alto, Mariano Picón-Salas, permanece excluida, en exilio póstumo, a cien años de su nacimiento, conmemorados el 26 de enero de este 2001. Hay un parque de los escritores donde está vacío el pedestal imaginario que muchos han propuesto para soportar el busto de su mejor ironista, el que trazó una pintoresca silueta de la ciudad aldeana en *Viaje al amanecer* y siguió evocando en la obra como una de sus "añorantes moradas", o una "comarca de fantasmas" desleída entre "las nieves de antaño". La nostalgia por el mundo de origen no hubo de abandonarlo. Era la raíz del dilema: "si la inteligencia aspiraba a ser libérrima, el corazón permanecía atado a esa como añoranza de un paraíso perdido".

Los abuelos viajaban por parameras nebulosas a lomo de cabalgaduras. Traspasaban la sierra nevada y, en caso de sobrevivir a la malaria, durante la travesía de los llanos, llegaban a otra Santiago [de León de Caracas], la capital. La ruta alterna atravesaba tierras arenosas surcadas por un río que terminaba presuntamente en el lago de Maracaibo: sus aguas se sumergían en los cenagales de arena y nadie ve aún la desembocadura del Chama. De allí se podía viajar, Norte franco, a Curazao. Desde Willems-tadt, rumbo al Este se navegaba hacia Caracas. La ruta occidental conducía al Canal de Panamá.

Con la misma ansiedad de ruptura, un día Mariano Picón-Salas se marchó a Caracas, aventura que todos sus antepasados emprendieron en busca de alguna posición pública para regresar algunos con su desencanto, otros con su deseo de escapar aún más lejos. Era el joven que rom-

pía sus primeros papeles borroneados y entraba en una Caracas que a su decir fue apenas “la primera escala de nuestra perplejidad”.

El contacto con el mundo capitalino, con sus políticos oportunistas, sus diplomáticos hacinados en los mentideros de la Plaza Bolívar y sus intelectuales congregados en las tertulias de alguna cervecería próxima a la Universidad, mientras esperan alguna prebenda ofrecida por parientes o amigos influyentes, conducen a Picón-Salas hacia rumbos de una conciencia nueva. La ciudad es, como todo el país, cautiva de una dictadura que no la deja crecer hacia el mundo. “Por una parte –escribe– la vida era hermosa –porque nos acercábamos a los veinte años y los instintos y los sueños despiertan pronto a la demasiada luz del trópico–; por otra parte, la muerte también parecía acosarnos en el peligro, la persecución y el holocausto de que fueron víctimas muchos de los venezolanos de entonces. Aquella Santiago de León no era todavía el mundo que lo alucinara. La primera guerra europea, recién concluida, había dejado al país semi arruinado por la caída de las exportaciones de sus productos agrícolas, especialmente el café y el cacao. El espejismo petrolero apenas insinuaba su deslumbramiento.

Para el joven abogado, la Caracas de 1920 fue un accidente, escala efímera. Desempeñó un cargo subalterno en la Cancillería venezolana: Jefe del Servicio de la Dirección de Derecho Internacional Privado, desde el 7 de enero de 1920. Es un abogado que va a cumplir 19 años. Permanecerá en funciones hasta 1922. Vive en pensiones de estudiantes donde se conspira contra el dictador. Presencia allanamientos y detenciones de amigos y compañeros a raíz de una huelga de obreros de tranvías. La represión arreciaba hora tras hora. No había una clara dirección para la resistencia. El volumen de exilados aumentaba. Los gestos románticos individuales eran tal vez el camino más corto hacia la muerte o la mutilación en las prisiones. El escritor, ya en final de su trayecto (1959), confiesa en páginas autobiográficas lo que aquel joven de 22 años sentía: “Siempre me infundieron espanto aquellos ex-cautivos que volvían de las mazmorras dictatoriales con la voluntad, los huesos o las hormonas deshechas y ambulaban como fantasmas por las calles, como evadiéndose aún de los esbirros invisibles”. Pero hay, junto al miedo del momento, una clara urgencia de formarse para la lucha futura como escritor y político. Lo confiesa

con valentía casi temeraria a los ojos de quienes, poco tiempo después pasarían a erigirse en jueces de la trayectoria juvenil:

Es inmensa y tranquila obra de educación para levantar sobre la crueldad, el atropello y la demasía –tan frecuentes en nuestro turbio proceso histórico– otros valores de convivencia y tolerancia. Desde las palabras hasta las acciones, hay que tejer la compleja trama de nuestra conciencia moral. Quizá nos encanallecimos en exceso y las cosas no mejorarán porque un valeroso hizo saltar un barril de pólvora. No estaba dispuesto, con mis ganas de cultivar mi espíritu, de escribir libros, de participar en la viva sociedad de las gentes, a ir a caer en los presidios de Gómez. Es lógico que uno a los veinte años se considere del linaje de los mejores; y ¿hasta cuándo –ésta era otra pregunta– los mejores perecen en nuestro país para que triunfen los más torpes y desmandados? No; no haría la ofrenda de mi cuerpo ni de mi alma a ese Saturno goyesco que devora a los idealistas suicidas. Quería mi cuerpo veinteañero que me llevaba briosamente por los caminos del mundo; quería mis ojos y mi mente dispuestos a disfrutar de los libros y las obras de arte, y defender mi libertad inalienable (que mora a solas conmigo y contradice prejuicios y convenciones que todos repiten) y de la que no me despojaría ningún gendarme de los que arrastran a culatazos a los estudiantes. Era, acaso, preciso huir, como quien abandona una tierra invadida por ratas pestíferas.⁸

Hubo otras razones que impulsaron la decisión del viaje. Retorna a Mérida a padecer el embargo de las tierras familiares administradas por el padre, Pío Nono Picón Ruiz, bohemio y enamorado según la maldicencia municipal de Mérida. Viudo de su primera esposa, Delia Salas Uzcátegui, Pío Nono había continuado al frente de la heredad conyugal. Fueron a la quiebra con la depresión en los negocios de café exportados a Europa, en guerra hasta 1918. Cuentan unos que Pío Nono sirvió de fiador a un banquero doloso, quien lo llevó a la ruina. Cuentan otros que se marchó con los dineros del patrimonio familiar tras las enaguas de una coupletista de zarzuela, integrante quizás de uno de esos grupos que recorrieron

los teatros venezolanos de provincia para dejarlos llenos de suspiros prodigados por románticos galanes. Otra historia filial precisa que había ocurrido un segundo matrimonio con su prima Elena Ruiz Fonseca, de quien tuvo tres hijos. Y la familia de la primera esposa no lo perdonó, como tampoco los tabúes del incesto que en las tierras de los Andes no son simple ficción garciamarquiana.

Es marzo de 1923. La quiebra y el embargo de bienes marchan juntos. Todos sufren la humillación del desalojo. Al padre se le imputa irresponsabilidad y manejo fraudulento de la heredad. Los acreedores forman jauría. En mayo, Pío Nono se marcha del país. Detrás queda una estela de cartas familiares llenas de dudas y señalamientos a su reputación. El hijo veinteañero montó en un viejo caballo y se marchó tras él con “los ojos fuertemente llorando”, aunque de pronto afloró la frase con que nos educaron desde niños a todos los andinos de Venezuela y él profiere, iracundo: “Los hombres no lloran, carajo”. Ese grito hacia adentro cambió en él su derrotero y su escritura. No regresaría nunca a su mundo de origen, la primera Santiago. “¡Y cuánta lágrima que no alcanzó a rodar se convirtió en dureza y reserva!”. Padre e hijo emprenden juntos el viaje, aunque por razones distintas. El primero, por vergüenza. Atrás quedan la segunda esposa y tres hijos, medios hermanos del escritor. Son Alberto, Josefina y Ada Picón Ruiz. Mariano va en busca de un destino intelectual a conquistar en otros espacios menos inhóspitos, inmunes al riesgo de la prisión dictatorial desde donde escriben y se indignan muchos compañeros. Atrás quedan un dolor y una ira por romper con todo el pasado. Una estela de infundios contra el padre, de envidias ensañadas contra el hijo herético, un primer libro: *Buscando el camino* (1920). Unos amigos que permanecieron leales, otros que dejaron de serlo y cayeron en la murmuración infamante. Mariano quería dejarlo todo, romper con el más mínimo hilo que lo atase a la ciudad de origen. Y así fue.

El país sufriría un vuelco en su economía y en sus costumbres. La agricultura tradicional del café y el cacao, hasta entonces soporte económico del país, terminaría ensombrecida hasta su liquidación casi total, cuando ese mismo año de 1920, ocurrieron los primeros brotes negros del pozo de La Rosa, en el Lago de Maracaibo, con los cuales estallaba la furia petrolera de una opulencia mitológica. Dentro del escritor que se marcha

camina una conciencia conmovida por la dictadura de Juan Vicente Gómez. Por otra parte siente cómo los miembros de su generación de 1918, ávidos de ser escritores eran los primeros golpeados por la tormenta moral desatada después de la Primera Guerra europea:

Ya no bastaría mirarnos en el espejo de una Europa hermosa y arquetípica para huir de nuestra congoja –como los estetas del Modernismo– porque tan limpio cristal de la civilización también estaba foscamente empañado. Porque los problemas y la zozobra humana brotaban ahora como cráteres abiertos por los obuses, en lo que antes parecía encantado jardín. Entre la angustia de conciliar la belleza con la justicia, entre una áspera e interminable expedición a la Utopía, entre nuevos desengaños y tensiones, iba a trazarse nuestro derrotero.⁹

Ese itinerario hacia la Utopía, como futuro, iba a marcar su permanencia en Chile (1923-1936), un país que estaba madurando socialmente para grandes cambios.

EL CRUCE DEL UMBRAL: VALPARAÍSO

Moré en todos los barrios, viví todas las vidas, conocí la inquietud, la pena o el goce. Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre. Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun cuando fuese arrastrada hacia otras comarcas, siempre añora aquel verdor del valle de Santiago con su trasfondo de nieves y sus avenidas de álamos.

Mariano Picón-Salas

(“En la fértil provincia señalada.” Regreso de tres mundos)

Padre e hijo llegan a Panamá desde Mérida, por la ruta del lago de Maracaibo. En el istmo comienza a dilatarse la pupila americanista del joven escritor. Los alrededores del canal son ya un vagar de “varios y sudorosos días, contando mis monedas, entre baratas fondas de chinos, calles de

estridentes bazares, prostíbulos de luz roja donde llaman tristemente las prostitutas. Un pedazo de América caótica revuelta en asfalto caliente, gritos de marineros borrachos y sudor de pantano germinal”.¹⁰ En el hijo que narra no hay una sola mención al padre, compañero invisible en todo el viaje. Tampoco la descripción denuncia la opulencia de quienes se hubieran apoderado de dineros familiares algunos. En Puerto Cristóbal de Panamá toman un barco de inmigrantes hacia el Sur. Van en tercera clase poblada de asturianos y gallegos, algún inglés traspapelado y una muchacha de nombre *Felicidad* que navega hasta Valparaíso. Para protegerse de los asedios visuales de los demás viajeros, la bella musa de a bordo ostenta como escudo un traje nupcial. Piensa casarse con un novio que la espera en el puerto.

Ahora Picón-Salas, viajero por aguas del Pacífico Sur, reconstruye en la memoria de lector el itinerario que años antes había emprendido, con igual destino, un nicaragüense cuyos poemas sabía de memoria y, a veces, en la madurez caraqueña, volvería a recordar entre sonrisas y comentarios irónicos. En la travesía del Océano lo rememora:

Pensaba en el viaje que cuarenta años antes, en un vapor parecido, con su traje mal cortado y escasas prendas, hizo Rubén Darío desde su trópico nicaragüense a las tierras templadas de Chile. [...] No podía parangonarme con Rubén Darío, pero a pesar de la limitación mediocre que impusiera mi capacidad, también me agitaba un inquieto mensaje. Cada cosa que estaba mirando se transformaba en obsesionante imagen, en necesidad de comunicación y de reflexión. Llevado por ese duende interior, casi ya no pienso cómo he de ganarme la vida y cómo trabajar, cuando este barco que navega hace catorce días por el Océano Pacífico me deje en su postrera escala.¹¹

Ante las presencia de las milenarias culturas peruanas, en una breve permanencia del barco, empieza a tomar conciencia oracular de un americanismo en ciernes: “Un desconocido mundo americano, lleno de contradictorias y alucinantes esencias, estaba golpeando, –a pesar de mi pobreza– en mi sensibilidad de escritor”.¹² Entre una procesión del “Señor

de los Milagros” y una protesta estudiantil que pasan por las calles limeñas se filtran las remembranzas de turbulencias venezolanas vividas en Caracas, la otra Santiago (de León), por cuyas calles y pensiones de estudiantes merodeaban los oscuros sombreros de “La Sagrada”, policía política de Juan Vicente Gómez, a caza de estudiantes subversivos. Ahora, cuando mira y graba en la memoria cada imagen, lo hace con firme visión y convicción: “expresar algún día esa mezcla de angustia y añoranza del destino frustrado, que se mezcla en la diaria vivencia del hombre de este mundo mestizo, era mi deseo de escritor”. Tiempo después, estudiante de Historia, a la hora de elegir tesis, el mundo peruano volverá a cobrar fuerza particular para expresarlo. Se le convierte en una obsesión intelectual que cristaliza después no sólo en una tesis académica sino en un conjunto de ensayos donde comienza la conciencia de americanidad y del “embrollo de las culturas superpuestas”. Constituyen parte de su primer libro de reflexión continental: *Hispanoamérica: posición crítica* (1931).

El viaje continúa. Es junio de 1923 y el barco se arrima a Valparaíso, entre “una niebla negra que hace aullar las sirenas del puerto”. El frío se multiplica en la piel del hombre tropical habituado a temperaturas altas y poco variables aun en las parameras de sus Andes nativos. Es el momento de asumir la conducta del viajero ante el mundo desconocido. En alta mar, a dos semanas de navegación, guiado por el “duende interior” que lo hace olvidar cómo deberá sobrevivir al tocar tierra, comienza el verdadero viaje hacia sí mismo, el inventario de fuerzas y balances espirituales para el camino de las pruebas, como todo héroe mítico que el hombre imagina y encarna en los ensueños o los viajes del proscrito, aunque el destierro sea voluntario:

La ventaja de ser joven es que podemos tener exageradas ilusiones sobre nosotros mismos; que creemos en un destino providencial que impondrá nuestra obra a pesar de toda contingencia. Quizá todo lo que sufrí fue necesaria lección de dureza; la búsqueda de otro camino diferente al de la comodidad, que hasta aquella crisis me deparó la suerte. Si permanezco en Venezuela y nada grave me acontece, acaso hubiera terminado en una fácil existencia de señorito que no sufre por la comida ni por la ropa limpia, y mira lo humano a través

de una falsa idealización literaria. Ahora sentía la emoción nueva de integrarme a ese grupo de inmigrantes; de vencer la adversidad con el trabajo de mis manos, con la energía y la constancia que extrajerá del alma.¹³

En Valparaíso, padre e hijo emprenden vida aparte. Pío Nono, instala una pequeña tienda de ropa. Apenas adquiere una mínima estabilidad, trae a su lado al resto de la familia: la segunda esposa Elena Picón Ruiz y los dos hijos mayores: Alberto y Josefina. La menor, Ada, queda en Mérida, al cuidado de los abuelos, por diez años más. Josefina aún vive en Santiago con su hermana Ada. Recuerda los días porteños de la familia. Valparaíso era una ciudad de intenso movimiento comercial. Sigue siéndolo. Y también una barroca mezcla de calles y cerros por donde trepa la ciudad que huye del puerto o de la hostilidad del océano nada Pacífico. Como en todo puerto, pululaban pícaros, marineros, prostitutas, rateros. Un día, las perchas colgadas a la puerta del negocio, se mueven sin brisa: un ladrón arrebató un terno y echó a correr. La niña observó lo que estaba ocurriendo y, aterrada, sólo tuvo la idea de cantar: —“Se llevaron el perchero, se llevaron el perchero”. Cuando Pío Nono la reprendió, ella dijo: —“Se lo llevó un ladrón y allá va cruzando la esquina.” Josefina comenta sonreída: —“Mi papá nunca tuvo buena estrella para el comercio.”

Picón-Salas intentó varios oficios: pregonero de diarios, vendedor ambulante. Finalmente halló trabajo en una tienda de “minuta”, ubicada en la avenida Francia. Este tipo de negocios aún existe en Valparaíso y deja imaginar cómo pudo ser aquel instante en la vida del escritor incipiente. Mariano se conmueve ante quienes llegan para vender sus muebles derruidos y quienes sacan grasientos billetes para adquirirlos. “Me espanta la fealdad del negocio, que consiste en la compra y venta de muebles y objetos viejos que se amontonan en polvorienta confusión abigarrada. Son a veces pedazos de útiles caseros: un jarro al que le falta la palangana, un aguamanil roto, la manchada luna de un espejo, un biombo que perdió la pintura, el vestido de un buzo, unas botas de cazador. [...] En esas horas de la noche, a la luz de un débil bombillo, todo ese despojo de cosas gastadas y muertas me ofrece su perfil fantasmal.”¹⁴ La hipersensibilidad del intelectual, tampoco era apta para el comercio.

En la soledad de los insomnios busca la compañía de personajes ficticiales de Knut Hamsun, cuyas novelas *Hambre* y *Pan*, hacían de breviario a los aprendices de novelistas en Hispanoamérica de los años 20 y 30. Entre ellos, poco después, los jaliscienses Juan Rulfo y Juan José Arreola, redactores de la revista *Pan*, de Guadalajara.

Años más tarde. Picón-Salas recordaría aquellos instantes de empatía con el noruego: “Camino por las noches por las callejas del puerto, o subo los pintorescos cerros desde donde la bahía perfila su iluminada herradura. Me sirve de compañía Nagel, el excéntrico protagonista de una novela de Knut Hamsun, que andaba por un puerto semejante hablando a solas consigo mismo, recreándose en los fantasmas de su soledad. A veces tropezaba con las cosas sin darse cuenta, o le llamaban la atención por si iba sonámbulo o dormido. Era aquello, para mí, como una Tebaida donde hacía cura de silencio o de renunciamiento, herido por el lado más cruel de las cosas.” La identidad espiritual con el monologante personaje de *Hambre* es clara en esa página sobre el puerto.

En febrero, con Nelson Osorio y su esposa Imtrud recorro la avenida Ecuador a cuyos lados se agolpan las tiendas de minuta. Obviamente estamos recordando a Picón-Salas y reconstruimos en lo posible los lugares hollados por él en aquellos años. Atravesamos la avenida Francia. Nos acercamos a la plaza Italia, que antes se llamaba Plaza del Pueblo y durante la dictadura de Pinochet el rótulo metálico fue mutilado. Ahora se lee: “Plaza del...”

En otra plaza hay una feria dominical de objetos y libros usados. Encuentro un ejemplar de *Hambre*, publicado en Chile por la Empresa Editora Nacional Quimantú en 1972. Lo prologa Luis Domínguez. En uno de sus párrafos leo: “ Hay algunas semejanzas entre Noruega y Chile: países largos, de mucho mar y montañas, mucha geografía en exposición. Hace falta saber más sobre las relaciones entre la literatura y la geografía, pero la obra de Knut Hamsun nos recordará a veces a Manuel Rojas y otras a Francisco Coloane. Tal vez *Hambre* pudo suceder en Valparaíso. Un músico noruego como Edwald Grieg nos hace a veces soñar con nuestro

extremo sur. ¿No hablamos también nosotros de minería, pesca, electricidad y bosques?”

Sin duda los contextos tienen algo de fortuito. Rebasan los tiempos. Hamsum escribió su novela en París, en medio de privaciones, cuando buscaba abrirse camino literario. Sentado en una plaza, con una plancha de mármol soportada sobre las piernas, escribía con la memoria evocadora vuelta hacia su ciudad natal, Cristianía. Picón-Salas lee a Hamsum en extrema situación de pobreza, en un Valparaíso helado, para un tropical. Intenta salir de la trastienda sórdida donde habita y su escape es la lectura o la escritura de textos autobiográficos: “Adolescencia”, por ejemplo, o un artículo para el periódico local. Hamsum, en las primeras páginas de *Hambre*, escribe:

¡Cuán fielmente mi traje encubrió mi miseria! Poco a poco me fue necesario desprenderme de todo; no poseía ya ni un peine, ni un libro con qué confortar mi espíritu abatido. Durante el verano, invariablemente me encaminaba al cementerio o al Parque del Palacio, en donde me sentaba y escribía, cuartilla tras cuartilla, sobre las materias más dispares e inconexas, un artículo para cualquier periódico; en mi impaciencia me ocurría a menudo tener que romper el artículo después de haber elegido el asunto con mucho trabajo, por no parecerme aceptable. En cuanto terminaba uno de ellos, comenzaba invariablemente el segundo; la reprobación de un director quebrantaba raramente mis esperanzas. Constantemente me repetía: “¡Alguna vez acertarás!” Y, efectivamente, cuando ofrecía algo aceptable, recogía por mi trabajo de una sola tarde cinco coronas.¹⁵

Cuando termina el trabajo, Mariano se mezcla con los obreros portuarios y los dirigentes anarcosindicalistas de la plaza Italia, o asiste a sus reuniones públicas en diversos lugares de la ciudad, donde ellos y los predicadores del Ejército de Salvación se confunden y se lanzan gritos de escarnio (“¡Comunistas...!” / “¡Canutos!”).

Al reescribir sus pasos la memoria del ensayista en plenitud va como dibujando nuevamente un espacio que aún puede transitarse por las calles del puerto. Nelson e Imtrud rememoran sus días de universitarios en

un tiempo más próximo, pero ahí, ahora, siguen los mismos rostros portuarios, las mismas boínas marineras, los ojos herrumbrosos de mirar un océano muy poco pacífico, en busca de un empleo que siguen esperando sentados en los bancos inamovibles. Un día Mariano los vio así:

Al frente, en la misma plaza los anarquistas establecían su agresiva cátedra de Sindicalismo Revolucionario. Según ellos, llegaba a su extrema disolución la sociedad burguesa. La única esperanza sería un sindicalismo total donde estén solo representados los auténticos trabajadores, quienes, al organizarse y fortalecerse, harán nula toda coacción de los gobiernos. “¡Una sociedad sin Iglesia ni Policía, sin cárceles ni la ley de bronce del salario; fundada en el libre acuerdo!”. “Y el proletariado, camaradas, debe demostrar su fuerza invencible”. Periódicos, a veces muy bien redactados por intelectuales de Santiago que simpatizaban con los anarquistas, se vendían en la plaza. Los compraba, ávido de informarme –aun con toda la exageración y el patetismo propagandista– de una realidad de dolor e injusticia que sólo hasta ese momento había presentado.¹⁶

Los anarcosindicalistas chilenos fueron muy anteriores a los socialistas no marxistas. Sus primeras organizaciones y órganos periodísticos datan de finales del siglo XIX. Fueron europeos bakuninistas. Fundaron la Sociedad Tipográfica de Valparaíso. Entre otros escritores, destacaron como pioneros Carlos Pezoa Véliz y Diego Dublé Urrutia. Por los años en que Picón-Salas llegó a residir en Chile, escritores de la Generación de 1920 como Alejandro Escobar Carvallo y su revista *Occidente*; José Santos González Vera, Manuel Rojas, Eugenio González Rojas, entre otros, estuvieron ligados a los movimientos anarcosindicalistas liderados por Pedro Nolasco Arratia, antes de que naciera el Partido Socialista Chileno y mantenían distancias ideológicas con el Partido Obrero Socialista (1912) de Luis Emilio Recabarren, primer núcleo del Partido Comunista.¹⁷

Cuando regresa al tenducho del viejo para cuidar una mercancía que da vergüenza robar, allí, en la avenida Ecuador, en los insomnios de mala luz y muchas ansiedades, escribe el primer capítulo de una autobiografía. Lo titula “Adolescencia”. Lo acogen inicialmente en la revista estu-

diantil *Claridad* (1923). Después formará parte de su libro *Mundo imaginario*. Y, revisado, trasvasará a sus memorias: *Regreso de tres mundos* (1959). El cambio en la escritura es palpable en este ensayo donde alternan relato y reflexión.

La vida miserable de empleado comercial en Valparaíso lo va su-
blevando. En las noches se familiariza con la literatura narrativa chilena reciente. Escribe una nota de conjunto para *El Universal* de Caracas. De todas sus lecturas se impresiona especialmente con una novela de Eduardo Barrios: *Páginas de un pobre diablo*. Estaba recién editada por Nascimento (1923). Picón-Salas envía un comentario que le publica *La estrella de Valparaíso*. Lo invitan a continuar colaborando en el periódico que, en algún momento de estrechez, había pregonado por las esquinas del puerto. Refiere Picón-Salas que “Eduardo Barrios, –hombre de ejemplar generosidad– me respondió con una carta de estímulo y agradecimiento; me preguntaba quién era y de dónde había venido, y me invitaba a visitarle en las tertulias literarias que se celebraban cada noche de sábado en su casa santiaguina, Plaza de San Isidro, 387.” Líneas adelante completa aquel momento decisivo para su vida chilena: “... bajé las empinadas aceras de la Avenida Ecuador, y compré un pasaje en el tren expreso que partía a Santiago. En la noche buscaba, entre los árboles de la Plaza de San Isidro, la casa donde vivía Eduardo Barrios.”

EL CAMINO DE LAS PRUEBAS: SANTIAGO DEL NUEVO EXTREMO

Quien no abandona un poco su yo al invisible magnetismo que emana del lugar nuevo y no se incorpora de inmediato a los tranvías que hacen su recorrido ordinario en la ciudad recién visitada y no siente la curiosidad un tanto infantil de dejarse llevar por la calle desconocida, no será nunca un buen viajero.

M. Picón-Salas

“Divagaciones sobre los viajes”

La odisea prosiguió en otra Santiago. Al amanecer del día siguiente, tal vez entre las nieblas invernales, dejaba asomar unos cuantos montes nevados que lo harían recordar la lejana Mérida del origen, la otra Santiago de los Caballeros. La Sierra Nevada de Mérida simula una maqueta de la cordillera andina que amuralla la Santiago del Nuevo Extremo. La ciudad se extendía a lo largo de un valle por ambos lados del río Mapocho y la poblaba medio millón de habitantes.

La universidad y los medios intelectuales eran sacudidos por brisas renovadoras. Cercanos, detrás de la Cordillera, resonaban los ecos de la Reforma Universitaria de Córdoba. El Gobierno de Arturo Alessandri Palma (1920-1925) abría senderos para el ascenso de una clase media letrada que gradualmente intentaría desplazar del poder a la vieja oligarquía conservadora. Los primeros movimientos sindicales urbanos y agrarios empezaban a sacudir la base social, junto a partidos políticos de nuevas ideologías. Superada la crisis de la Primera Guerra europea, Chile recibía una fuerte inyección de dinero procedente de préstamos internacionales. La prosperidad se reflejaba en la vida social. La oligarquía disfrutaba clubes de acceso restringido. La clase media se volcaba en nuevos parques y lugares de recreación. Los intelectuales animaban la vida nocturna en tertulias de cafés y otros lugares de las arcadas y calles cercanas a la Plaza de Armas. Ese era el mundo que se abría a los ojos y la avidez vital del joven merideño.

La tertulia de Eduardo Barrios fue el umbral de ingreso a la vida santiaguina. Barrios era entonces un hombre de cuarenta años. Conocedor de América Latina por su vida trashumante de juventud, le abrió puertas y caminos a Picón-Salas. Le presentó amigos. Entre ellos, Salvador Reyes, Ar-

mando Donoso y Sara Hubner, cuya hospitalidad no olvidaría nunca el escritor venezolano.¹⁸ Su influencia en el destino inmediato de Picón-Salas fue determinante. Como Director General de Bibliotecas, archivos y museos, lo hace ingresar a la Biblioteca Nacional en un cargo creado a la medida del lector sin tregua: Oficial de Número, encargado de Adquisición y Canje. Ya en la plenitud de obra y edad, en la “Pequeña confesión a la sordina”, escrita a modo de Prólogo de sus *Obras selectas* (1953), revela con emoción no exenta de nostalgia: “Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos –para clasificarlas– obras de la más varia categoría. [...] Y con esa capacidad proteica de los veintitantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma –en apariencia muy coherente– para resolver los problemas humanos.”¹⁹

Inspector de Estudiantes del Instituto Nacional de Chile, obtiene una modesta remuneración, además de residencia que le permite ingresar en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, de enorme prestigio, fundado en 1889 como el primero de América Latina. Obtuvo en 1927 el título de profesor de Historia y Geografía. Se doctoró después en Filosofía en 1928. La vida literaria chilena lo ve con frecuencia transitar por el corro de la Librería Francesa, en la esquina de Huérfanos y Estado. Allí confronta opiniones con Mariano Latorre, Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero. Salvador Reyes lo incorpora en su revista *Letras* fundada ese año, como uno de los animados colaboradores.

Recién graduado, ingresa como Jefe de Trabajos Prácticos de la Universidad de Chile, donde sería profesor de Historia del Arte y Literatura General hasta 1935. En las aulas universitarias llegó también la hora del amor. Era la “Tentación de la mujer” en el sentido del viaje mítico. Aquellos días de novias fueron el hallazgo de la autenticidad. Una de sus más hermosas páginas en *Regreso de tres mundos* lo autorretrata en esos pliegues de vida personal no muy frecuente en su escritura. Por eso adquiere relieve esta pequeña estampa santiaguina de los años 20:

Un trato más claro y directo se me ofrecía en esos días de estudiante en Chile. ¡Y qué buena compañía, no sólo para la caricia sino para

la confianza y la caminata, nos dispensaban esas muchachas con quienes el domingo podíamos ascender a la nieve de la cordillera, trepar por las vertientes o bañarnos en tiempo primaveral bajo los bambúes y eucaliptus fragantes del valle! Chile ponía su fiesta de verdura y de pomaredas, de yuyos amarillos en los caminos, de guindos que se enrojecen como bocas, en esa primavera que va del mar a la serranía, gozosa de soles, de promesas de amor, de tonadas y de viñedos que acendran su dulzura para las cosechas de abril. La ciudad ofrecía, aun a nuestra pobreza, una vida confortante y alerta. Brindábamos por la juventud –sin necesidad de estar ebrios– desde las colinas del San Cristóbal o de Santa Lucía, con la ciudad a nuestras plantas, como si el destino del mundo dependiera un poco de nuestros estudios o del dinamismo con que cargamos los sueños.²⁰

Una de esas muchachas, fue su esposa en 1928: Isabel Cento Manzo, con quien tuvo una hija única: Delia Picón Cento, nacida en Santiago de Chile en diciembre de 1937. Ambas residen hasta hoy en Caracas.

Cuando ocurrió el matrimonio de Mariano e Isabel, ya Pío Nono estaba radicado en Santiago, con toda su familia. Adquirió en la Comuna de Ñuñoa una casa modesta. Mariano vivió algún tiempo en el hogar paterno. Josefina la hermana lo recuerda con ternura cuando en los días de reyes colocaba regalos en sus zapatos de niña. Alberto, el mayor del segundo matrimonio se aficionaba a escribir cuentos y poemas. Era un muchacho de apenas catorce años. El y su hermana marchaban de excursión, los domingos, al cerro San Cristóbal, cuya cima, hasta hoy, continúa siendo el mirador más espectacular de la ciudad. Josefina lo seguía hasta cierta altura, porque su escasa edad no le daba fuerzas suficientes para seguir los pasos del adolescente. En una de esas excursiones dominicales ocurrió una tragedia familiar. Alberto ascendió más alto que de costumbre. Josefina se quedó a media pendiente. Pasaron horas. Comenzó a llamar a su hermano, sin respuesta. El muchacho se había despeñado y murió de manera instantánea. Aquella nueva sombra quebró algo en la vida del grupo. Mariano, recién casado (1928), se trasladó con su esposa a una vivienda arrendada al pie del cerro Santa Lucía, muy cercano de la Biblioteca Nacional, donde pasaba parte de su jornada laboral. Isabel fue alumna de Picón-Sa-

las en el Pedagógico. Se graduó de profesora de Literatura. La erudición y la escritura de Mariano la inhibían para redactar la tesis cuyo tutor era también su esposo. Mariano la llevó de la mano y entre los dos redactaron el texto. El tema es *La novela hispano-americana*. La calidad de escritura y la impresionante información sobre obras y autores criticados con acierto, convirtieron el pequeño trabajo en el N° 2 de los “Cuadernos de Cultura y Enseñanza, utilizables en los programas de Literatura de Educación Secundaria y en los cedularios de Bachillerato”. Fue una serie publicada por Editorial Nascimento. El primero está firmado por Mariano Picón-Salas. El contenido es *Problemas y métodos de la Historia del Arte*. Fue un pequeño manual utilizado por sus alumnos en la Cátedra, ganada por concurso en la Escuela de Bellas Artes del Instituto Pedagógico en 1931. Ambos cuadernos fueron impresos en 1934. El de novela hispano-americana tiene la particularidad de relacionar comparativamente narradores venezolanos con chilenos, especialmente en lo que refiere al criollismo. Poco antes de mi viaje a Santiago de Chile, Delia Picón Cento me regaló una fotocopia de la tesis que doña Isabel sigue conservando amorosamente en Caracas, testimonio de su vida con el gran escritor. Y me refirió también la historia de cómo nació, a cuatro manos de una pareja, el pequeño libro.

Josefina Picón Ruiz recuerda todavía la afición de Isabel Cento por los sombreros vistosos. Cuenta que bailaba muy bien las danzas populares chilenas, especialmente la cueca. La cortesía de Mariano y la sociabilidad de Isabel convirtieron su hogar en centro de tertulias políticas e intelectuales de sus amigos. Ángeles Fuentes reconstruye aquellos momentos, no sólo de las tertulias en Casa de los Picón Cento, sino la bohemia compartida:

A mediados de la década del 30 el lado Oriente del Cerro Santa Lucía no tenía la moderna traza que ahora vemos. La calle ganó en anchura y señorío, pero perdió en encanto. En esos años, un apiñado grupo de casas, ni ricas ni demasiado modestas, trepaban muy cercanas al Huelén en pintoresca y atractiva callejuela. En una de ellas vivían Mariano Picón-Salas e Isabel Cento.

En esa casa había tertulia literaria, se discutía y se “componía el mundo”. Mariano Latorre, Domingo Melfi, Eugenio González, Juan

Gómez Millas, Ricardo Latcham, Humberto y Héctor Fuenzalida y Álvaro de la Fuente (a quien siempre llamamos “El Chopó”) estaban entre los más asiduos a esa peña, pero hasta allí llegaban, además de los intelectuales chilenos, todas las grandes figuras de las artes o la literatura latinoamericanas que vinieran al país, bien en son de visita o apresuradamente deportadas por algún gobierno de facto.

■ ■ ■

La política internacional con sus antepreludios de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos literarios o pictóricos más audaces, los adelantos científicos que se perfilaban, maravillando a los estudiosos o neófitos, se ventilaban allí desenvueltamente y con donaire. Esto no impedía la vehemencia de acalorados puntos de vista o la exaltación de algunas intransigencias. Con frecuencia, un pequeño grupo, nos quedábamos a comer.

La sobremesa era, obligatoriamente, un paseo por el Forestal, cuyo aditamento del Parque Providencia apenas se dibujaba. Allí proseguían las conversaciones que, a menudo, terminaban con un vino caliente en “La Posada del Corregidor” (donde todavía la luz permitía ver rostros, pero que ya tenía un hálito un si es no es pecaminoso) o en un bohemio lugar en la esquina de la Plaza de Armas con Merced, que ostentaba el hampón nombre de “La Puñalada”. A este último sitio llegaba Augusto D’Almar, quien, a medida que se lamentaba de una reciente desventura afectiva, con gracia y viperina lengua “pelaba” a personajes y hechos del mundillo santiaguino.²¹

El ambiente intelectual chileno se impregnaba con aires de reforma universitaria. Las sesiones de la Federación de Estudiantes de Chile y de los clubes políticos eran encendidas. Picón-Salas conoce otros estudiantes latinoamericanos y chilenos con quienes comparte un desvelo americanista. Su sensibilidad literaria se vigoriza con las inquietudes de la lucha política y la eferescencia social. Al evocar aquellos días resalta la figura del maestro Pedro León Loyola, quien gritaba por la calle contra una asonada militar: “O vivir libres, o no vivir”. El proyecto de una nueva eman-

cipación era apremiante para barrer con la horda dictatorial que azotaba algunos países de América Latina:

Se pensaba, bellamente, en esos años del 20 y tantos que el ímpetu de reforma universitaria que había recorrido todo el Continente, desde la Córdoba argentina hasta el México donde era ministro José Vasconcelos, no sólo nos haría más sabios y justos, sino contribuiría a modificar la áspera realidad de tiranos y tierras intervenidas, que era la de toda la América Latina. Nunca como en esos días tuvimos el deseo de ser más generosos. Pensábamos que otra generación de la Independencia habría de encontrarse, para restablecer la unidad de nuestro perdido destino continental. Cada estudiante que asaltaba la apasionada tribuna quería ser por un momento el nuevo Bolívar, el nuevo Martí. Padecíamos por toda la América de nuestra sangre, fuese la de la Revolución Mexicana o la Nicaragua de Sandino".²²

Ese despertar de mesianismo social lo fue llevando progresivamente a participar discretamente en la vida política chilena en ebullición. Se iba preparando doctrinariamente como un educador y un combatiente capaz de empuñar la inteligencia como arma de lucha, para los nuevos tiempos venezolanos. Lee a los socialistas europeos, especialmente Fauré y los marxistas disidentes: Rosa Luxemburgo, entre otros. Se acerca a las líneas no dogmáticas del marxismo. En aquellos años los marxistas propugnaban un internacionalismo proletario de espaldas a las realidades turbulentas de América Latina. Por las mismas razones de esa indiferencia al drama continental Manuel Ugarte se iría distanciando incluso de los socialistas argentinos de Juan B. Justo. La influencia de ambos en los medios políticos e intelectuales chilenos, marcaba las polémicas. Entre anarquistas, marxistas y un socialismo en ciernes iba configurándose el espacio ideológico y político de Chile en los años del 20 al 30. Como estudiante fue vinculándose con otros compañeros que compartieron aulas e inquietudes en el Instituto Pedagógico. Se incorporó como colaborador de la revista *Claridad*, semanario estudiantil, fundado por el poeta Alberto Rojas Jiménez, junto a Raúl Silva Castro y Rafael Yepes. Allí colaboraban también Eugenio González, Juan Gómez Millas, Rudecindo Ortega, Roberto Meza

Fuentes, José Domingo Rojas, Pedro León Loyola, Carlos Vicuña, Alex Varela y Juan Gómez Millas.²³

En los estudios del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, tuvo como maestros a Luis A. Puga y el Jefe de Trabajos Prácticos en Historia, Guillermo Feliú Cruz, de quien Picón-Salas no sólo fue su alumno desde 1925 hasta 1930 sino también acreedor de una amistad que no se interrumpió nunca. Juntos trabajaron en la Biblioteca Nacional de Chile. Feliú era conservador de la sala José Toribio Medina, desde 1925, cuando el gran historiador donó sus fondos bibliográficos. Picón-Salas era Oficial de Adquisiciones. Ambos compilaron un hermoso libro, *Imágenes de Chile* (1932), patrocinado y publicado por don Carlos Nascimento. Alcanzó tres exitosas ediciones.

La Biblioteca Nacional forjó la erudición del gran latinoamericanista y maestro de la prosa. El tránsito por el Instituto Pedagógico, adscrito a la Universidad, labró un educador y un combatiente por las causas sociales y culturales. En esta etapa formativa creemos que fue determinante su fraternal amistad con Eugenio González Rojas, quien venía curtiéndose en la acción política desde su adolescencia, primero como Presidente de la Federación de Estudiantes (1920). Eran días en que la unidad de los estudiantes con los obreros iba sentando bases de cambios y sacudidas sociales inminentes. En 1924 figura como dirigente sindical. Cuando el 4 de junio de 1932 ocurre el derrocamiento de Juan Esteban Montero e insurge la efímera revolución socialista de Marmaduque Grove, Eugenio González Rojas es nombrado Ministro de Educación. Un año después, con el mismo Marmaduque, Salvador Allende y Oscar Schnake, Eugenio González aparece entre los fundadores del Partido Socialista que nace el 19 de abril de 1933.

Al ocurrir la Revolución de Marmaduque Grove, el rector de la Universidad de Chile presentó renuncia. Lo reemplazó una junta rectoral de tres miembros: Pedro Godoy, profesor de la Escuela de Arquitectura; Pedro León Loyola, profesor del Instituto Pedagógico y Mariano Picón-Salas, profesor de la Escuela de Bellas Artes. Aquella experiencia duró apenas doce días, pero Picón-Salas no la olvidó nunca y, ya en la madurez caraqueña, con su fina ironía afirmaba: —“Don Andrés Bello y yo hemos sido los únicos venezolanos que alcanzamos el alto honor de ser rectores de la Universidad de Chile”. Feliú Cruz observa que aquella experiencia rectoral

de Picón-Salas se explica por lo siguiente: “Loyola era un viejo maestro, una recia personalidad moral e intelectual, y asimismo, tenía las mismas virtudes del ingeniero civil Godoy. Mariano Picón-Salas no alcanzaba aún los rangos de los otros, pero su prestigio intelectual descollante en las aulas y en la cátedra, lo situaban como un buen director de la política universitaria en esos difíciles trances. Representaba las aspiraciones de la izquierda revolucionaria de Chile. Se hallaba cerca de las doctrinas proclamadas por el Partido Socialista, cuyo jefe era Eugenio Matte Hurtado. Picón-Salas prudentemente no hacía ostentación visible de partidismo, y creo sinceramente que nunca lo hizo. Su condición de extranjero lo alejaba de las tiendas de sus aficciones ideológicas y por eso no formó parte del Partido Socialista ni de ningún otro. Pero estaba identificado con él y era uno de sus mentores, junto con Eugenio González, Oscar Schnake, Manuel Eduardo Hubner, Arturo Bianchi, Luis y Manuel Mandujano Tobar, Arturo Natho, Julio César Jobet y otros más con quienes hizo intensa vida de camaradería intelectual.”²⁴

EL SABER ADQUIRIDO

Si Picón-Salas no entró a militar directamente en el Partido Socialista, por su condición de extranjero, al menos intervino en las discusiones programáticas de la nueva organización, especialmente en el aspecto pedagógico y cultural. Al crecimiento intelectual del escritor correspondía, pues, en paralelo, una madurez ideológica nutrida en el socialismo no marxista.

Su escritura entre 1930 y 1935 alterna la narrativa, el ensayo hispanoamericanista, los estudios de Historia Colonial Chilena e Hispanoamericana, con textos ensayísticos y epistolares de reflexión política. En 1931 inicia correspondencia con Rómulo Betancourt, quien se hallaba exilado en Costa Rica. Revela que está preparándose para el momento en que desaparezca la dictadura de Juan Vicente Gómez y ambos puedan regresar a Venezuela. Le comenta su participación en un grupo chileno de reflexión y estudio que marca distancia con los marxistas dogmáticos del mo-

mento. Se inclina a un socialismo con afinidades apristas. Menciona lecturas del famoso libro disidente de Henry de Mann (*Más allá del marxismo*), hace referencia al polémico “Plan de Barranquilla” que Betancourt y otros exilados habían redactado. Por último asume ya un compromiso de futuro regreso, no tan inminente como pensaban todos: “Yo me les ofrezco para estudiar el programa educacional –ya que soy profesor titulado– y el problema lo hemos discutido largamente en Chile. Mi punto de vista en Educación prepararía para un régimen socialista.”²⁵ Además de las cartas, tal vez por influencia de su destinatario, Picón-Salas publica en *Repertorio Americano* de Costa Rica, tres ensayos con título común de “Hacia una voluntad de poder” (1934). Todo indicaba que Picón-Salas preparaba el retorno, tan pronto ocurriese la caída del dictador Gómez y así sería.

El nivel intelectual alcanzado por Picón-Salas era producto de una incesante labor de lectura y escritura. Fue asiduo colaborador de las revistas *Nosotros* (de Buenos Aires), *Repertorio Americano* (de Costa Rica), *Claridad*, *Atenea* (de Concepción), por invitación de su amigo Domingo Melfi; de *Letras y Zig-zag*. Pero su tarea literaria e ideológica de mayor impronta fue la fundación de la revista *Índice*, en la cual lo respaldaron sus compañeros de literatura y luchas Eugenio González Rojas, Ricardo A. Latcham, Oscar Vera, Raúl Silva Castro, Héctor y Humberto Fuenzalida, Benjamín Subercaseaux, junto a otros pertenecientes a promociones anteriores: Mariano Latorre, Fernando Santiván, Domingo Melfi. Al comentar la revista, Guillermo Feliú Cruz anota que *Índice* era una revista “de carácter literario, pero en cuyo fondo ideológico palpitaban muy vivamente las ideas socialistas del grupo político al que pertenecían los cofundadores”.²⁶ En otro capítulo de su ensayo Feliú transcribe fragmentos del manifiesto inicial firmado por Picón-Salas con sus iniciales. El crítico lo considera ya, con Latcham, un “líder intelectual..., obraba por presencia, con socrática vocación, sin ningún residuo pedagógico, con señorío y elegancia de ademanes y actitudes.”²⁷ Latcham, por su parte, estima que *Índice*, congregó un grupo extraordinario de intelectuales, “de múltiple categoría y de generaciones diversas, mancomunadas en un esfuerzo creador que contribuyó a enriquecer y ensanchar los horizontes de la cultura nacional y a despertar una nueva vocación americanista frente al aislamiento en que vivieron las promociones europeizantes más antiguas.”²⁸

Otro partícipe en la experiencia de *Índice*, Raúl Silva Castro, a raíz de la muerte de Picón-Salas (1965) escribió un testimonio donde puede corroborarse la alternancia de las preocupaciones literarias y político-sociales del ensayista venezolano, como también su tolerante capacidad para coexistir con posiciones estéticas o políticas con las cuales guardó respetuosa distancia:

Formamos el grupo *Índice* con la decidida intención de abrir a las letras una nueva senda, equidistante de los imaginistas a cuya cabeza rolaban Salvador Reyes y Luis Enrique Délano, y a los criollistas, comandados por Mariano Latorre. Éramos todos amigos de unos y de otros, pero nuestra intención fincaba en lograr una literatura de mayor peso intelectual, con un bagaje cultural abundante y sólido, proyectada hacia problemas humanos y no solamente locales. Era el tiempo de los espadones y en cada nación americana, de las que hoy llaman subdesarrolladas, gobernaba un hombre de cuartel, con ademanes y arrogancia de cuartel. En la sombra, insidiosamente, por decirlo así, *Índice*, –la revista– debía minar el suelo de los espadones, a ver si se caían.

Mariano Picón-Salas estuvo allí junto a Eugenio González, hoy Rector de la Universidad de Chile; a Ricardo A. Latcham, a José Manuel Sánchez y a quien esboza estos recuerdos. Como organizadores, tomamos a nuestro cargo la parte ingrata del negocio: conseguir suscriptores, enviar los papeles a la imprenta, corregir las pruebas, colocar ejemplares en consignación en los puestos de periódicos y en las librerías. Cuando se es joven, todo parece llevadero. El hecho es que algunos números de *Índice* lograron imprimirse, y allí pueden leerse los ensayos doctrinales, de forma algo barroca, con la firma de Mariano.²⁹

Las lecturas de José Ingenieros (*Evolución de las ideas argentinas*), Samuel Ramos (“Nacionalismo y cultura”) y Alfonso Reyes (“México en una nuez”), le aportaron métodos y le insinuaron ideas para las primeras meditaciones sobre América Latina, expuestas en “Hispanoamérica, posición crítica” [1931]. Es la ruptura con la ensayística larval y spengleriana,

de los veinte años, indigesta de Nietzsche. Los libros y conferencias del pintoresco Keyserling le contagiaron la idea de *ecumene*, reiterada en su escritura ensayística hasta la madurez.

Igual que Manuel Ugarte, Picón-Salas reacciona contra el excesivo culto a la forma de los modernistas. En diciembre de 1933 escribía en Chile esta reflexión:

...es preferible para un escritor vivir su tiempo, trasudar un poco con la multitud, disolver en su retorta estas sales que cristaliza cada época, antes que encerrarse en la campana aisladora de una forma perfecta pero vacía. [...] Hay por ahí una tradición literaria apretada como en un herbario en las Antologías, de hombres que persiguieron la forma con la obstinación del maniático. Pero la forma no se busca: se crea. El error y el olvido que ya cubre a algunos escritores de América, como Rodó, es que ganaron en forma lo que perdieron en vida y pasión.³⁰

Sin duda Picón-Salas había consultado el prólogo y la *Antología de nuevos escritores hispanoamericanos* compilada por Manuel Ugarte. El Prólogo fue causa de rechazo por parte de Rodó. Picón-Salas se identificaba más con uno de sus grandes amigos y maestros: Alfonso Reyes, quien ese año de 1933 descansaba en Santiago de Chile. En una carta inédita para Ricardo A. Latcham, otro de sus grandes amigos, quien reposaba en los lagos de Pucón, escribe Picón-Salas:

Aquí entre las novedades literarias está la llegada de Alfonso Reyes que viene a buscar unos días de reposo cordillerano, pues se siente muy cansado de trópico y diplomacia. No va a desempeñar ninguna actividad pública. Hoy lo fui a ver al “Crillón” y tuvimos con este hombre pequeñito de cuerpo pero de espíritu muy fino, una hora de charla muy cordial. Le di para que contrarrestara la impresión del mundo oficial un panorama de los problemas que a nosotros nos interesan; le hablé de ti y de los hombres jóvenes que representan dentro de la soterrada vida chilena un nuevo ímpetu. Él, por lo demás, estaba bien informado de nuestro movimiento.³¹

El sentimiento de unidad latinoamericana, casi premonitorio, leído en Lastarria y en Bilbao, en Alberdi y en Sarmiento, en Hostos y en Martí, en Ingenieros y Manuel Ugarte, trabajaba ya desde los años treinta en el pensador que soñaba un proyecto modernizador de América Latina. Ese sentimiento aflora casi como un desgarramiento geológico de su enorme amor por la tierra y el pueblo chilenos, que tanto le dolían. No en vano escribía al final de su ensayo “Intuición de Chile” (rev. *Atenea*, 1933), estos párrafos de asombrosa actualidad conceptual:

Pensamos que, como en las logias y los ejércitos de hace cien años, nuestra inquieta juventud de América volverá a encontrarse para realizar un plan grandioso. Veremos entonces que lo que nos une es mucho mayor que lo que nos separa; que el aislamiento es lo que nos entrega a la voracidad extranjera, y lo que debilita en esta América que habla español, el sentimiento nacional. Chile, como toda nación indoamericana, busca esa idea nacional que no puede edificarse sino sobre la común Cultura, la organizada Economía y la vasta voluntad de permanencia histórica.

Al bloque cultural y político latinoamericano con que ya soñamos, para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo que conoció el Estado mientras otros vivían la montonera, que tiene ya una industria que aspira a ser libre, pero que sufre como todos de falta de eco, de afonía espiritual.³²

Muchos de los artículos editados por Picón-Salas en su época de Chile permanecen dispersos, en espera de su compilación. Otros fueron agrupándose en libros significativos dentro de su obra, algunos de ellos publicados durante su permanencia en esta Santiago: *Mundo imaginario* (1927), *Hispanoamérica, posición crítica* (1931); *Odisea de Tierra Firme* (1931); *Imágenes de Chile* (en colaboración con Guillermo Feliú Cruz) (1933); *Registro de huéspedes* (1934); *Problemas y métodos de la Historia del Arte* (1934); *Intuición de Chile y otros ensayos* (1935); “Pablo Neruda en 1935” (1935).

Ya el escritor y el hombre combativo llegaban a la madurez. Chile había sido cobijo y espacio de grandes realizaciones. Compromisos y proyectos bullían en la imaginación del intelectual y del soñador social.

El 17 de diciembre de 1935, moría en su cama presidencial un dictador que había oprimido a Venezuela durante 27 años. Se llamaba Juan Vicente Gómez. Lo remplazaba un gobierno provisional presidido por el Ministro de Guerra y Marina, general Eleazar López Contreras. Picón-Salas fija en instantánea verbal su mirada irónica sobre aquel ambiente como de retorno a la vida que, para el momento, era Santiago de León de Caracas, tan distinto a la ciudad de sombreros y almas grises de la que huyó aterrado en 1923. Es el retorno mítico de un héroe cultural, como los de su admirado Carlyle en busca de un espacio para transmitir el saber adquirido, en un doble riesgo de apoteosis o fracaso:

Por enero de 1936 los viejos parques de Caracas y hasta los dos circos taurinos (el “Metropolitano” y el “Nuevo Circo”) se convirtieron en foros ideológicos. Los emigrados que volvían de los más antípodas sitios del mundo, que vieron la “Plaza Roja”, los mítines parisienes del *Vel d’hiver* o la huelga de los mineros asturianos abrieron ante los ojos de la ávida multitud su caja de sorpresas políticas. Se arengaba y se discutía; había liberales, socialdemócratas, socialistas de la II Internacional, comunistas, troskistas y aun numerosos inconformes que aspiraban a establecer su propia teoría sobre el Estado y la Sociedad. El lenguaje criollo que se estancara en la simpleza aldeana y la continua represión exigida por la dictadura o en las formas ya convencionales de los “discursos de orden” y del pseudo-clasicismo académico, recibía un continuo aporte de barbarismos o de nuevas nomenclaturas para revestir las cosas. Surgieron palabras pedantes y difíciles como “culturización”, “conglomerado”, “estructuración social”. Una manifestación como la que en febrero de 1936 fue a pedir al General López Contreras que “ampliara el radio de las libertades públicas” (para hablar en el lenguaje de aquellos días) se llamaba un “desfile masivo”. Pero a través de nuevas palabras, y aun contra el rechazo de los académicos, penetraba en la vida venezolana mayor emoción social y sentido de justicia.³³

A comienzos de 1936, el 10 de febrero, Mariano Picón-Salas regresaba a la tercera Santiago de su Odisea: Santiago de León de Caracas. La misma que pintaba en esa estampa característica de su escritura oscilante entre la piedad y la ironía. Apenas a cuatro días de su llegada estaba incorporado de lleno en la recuperación de un país que despertaba de la pesadilla vivida por más de un cuarto de siglo. Todo estaba por hacer y por pensar, especialmente en materia educativa y cultural. El país emergía de aquellos 27 años de terror, con un 75% de analfabetas, una educación primaria exigua, en manos de maestros empíricos o de colegios privados, la mayoría regentados por congregaciones religiosas. Los jóvenes que habían resistido la dictadura desde adentro y los que regresaban instruidos en los exilios, formaban un haz inicial muy unido en los primeros alvéolos de partidos políticos modernos, entre cuyos fundadores está el nombre de Picón-Salas (ORVE, ARDI), dispersos y enfrentados en un amasijo de absurdas contradicciones cimentadas en “diferencias tácticas y estratégicas”, a pocos meses de finalizar la dictadura. Los gabinetes ministeriales iban sucediéndose en un medio de un alud de protestas e impaciencias. Entre los recién llegados, luego de largo alejamiento, no precisamente revolucionario, figuraba un historiador merideño, estudioso de Miranda y la Revolución Francesa. Era Caracciolo Parra Pérez. Llegaba de París. Había desembarcado el 21 de febrero, once días después que Picón-Salas. López Contreras lo designa Ministro de Instrucción Pública. Permanece en el cargo sólo 26 días, durante los cuales nombra a Mariano Picón-Salas Superintendente Nacional de Educación. El escritor asume su responsabilidad el 4 de marzo. Parra Pérez renuncia el 26 de marzo y es sustituido por Rómulo Gallegos (recién llegado de Barcelona, España), quien continúa impulsando los decretos de reformas iniciados por el historiador. Entre ellas estaba la primera empresa modernizadora de Picón-Salas, donde iba a empeñar conocimientos y esfuerzos, y para la cual los hombres señalados por Feliú Cruz como hermanos ideológicos del venezolano iban a tener una singular relevancia para la relación intelectual entre Chile y Venezuela. Varios de ellos serían llamados por Mariano Picón-Salas para integrar la misión pedagógica con la tarea de fundar, en la tercera Santiago, (de León de Caracas), el Instituto Pedagógico Nacional. Llegaron al puerto de La Guaira, en la motonave “Reina del Pacífico”, el 30 de mayo de 1936. Después,

en 1938, la seguiría una segunda misión. De ambas, dejaron huella imborrable Oscar Vera Lamperain (jefe de la misión), Juan Gómez Millas, Eugenio González Rojas, Armando Lira, Salvador Fuentes Vega, Manuel Mandujano, Humberto Parodi Alister, Humberto Fuenzalida, José Santos González Vera, María Marchant de González Vera, Carmen Moena Morales, Humberto Díaz Casanueva. Las concepciones pedagógicas modernas y el pensamiento avanzado de estos educadores halló inmediata resistencia en los círculos de la educación católica privada. Picón-Salas fue señalado como un notorio comunista formado en Chile, de donde llevaba ahora al país aquella hueste satanizante de la enseñanza. Con humor e ironía respondió don Mariano los ataques encendidos de monseñor Jesús María Pellín, director del diario *La Religión*. El Instituto siguió adelante y a él se debe la transformación estructural de la educación post gomecista. Su proyección llega hasta ahora, cuando el viejo Instituto pionero fue convertido, desde 1983, en Universidad Pedagógica Libertador, con varios Institutos diseminados por diferentes ciudades: Caracas (dos Institutos Pedagógicos), Barquisimeto, Maturín, Maracay, San Cristóbal.

Para el gran escritor era el comienzo de los triunfos y también de los sinsabores. Quedan pendientes de reconstruir. Las raíces primordiales estuvieron sembradas con firmeza en este valle del Nuevo Extremo y en la única de las tres ciudades que conserva activo el nombre de Santiago. Las otras dos lo debilitaron hasta quedarse con una sola designación: Mérida o Caracas.

Santiago de Chile, enero-abril de 2001.

NOTAS

- 1 Caracas-Madrid, EDIME, 1962 (2ª ed.), p. ix.
- 2 Obras selectas, p. 576.
- 3 Narratives of South America. El texto, rescatado, traducido y divulgado por Carlos César Rodríguez: Boletín de la Academia de Mérida, (I): 185-193, (jul-dic 1994).
- 4 M. Briceño Iragorry. "Contestación al discurso de incorporación del Dr. Diego Carbonell a la Academia Nacional de la Historia. En Discursos de incorporación. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966, Vol. 3, pp. 91-93.
- 5 "Meditación francesa", *Obras selectas* (1962), p. 1097.
- 6 Cf. Julio Cejador. Epistolario de escritores hispanoamericanos. (Comp. Sergio Fernández Larraín). Santiago de Chile: Edics. de la Biblioteca Nacional, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1964, (2 v.) Las cartas de Picón-Salas en v. 1, pp. 363-366.
- 7 "Tentación de la literatura" *Regreso de tres mundos*, p. 156. Las citas en texto remiten a la edición de Autobiografías. Caracas: Monte Ávila, 1987.
- 8 "Días de marcha". *Regreso de tres mundos*, 189-190.
- 9 "Tentación de la literatura". p. 163.
- 10 "Días de marcha". *Regreso de tres mundos*. (Cap. IV).
- 11 *Ibíd.*, p. 194.
- 12 *Íd.*, p. 194.
- 13 *Íd.*, p. 195.
- 14 *Regreso de tres mundos*. Autobiografías, p. 196.
- 15 *Hambre*, ed. cit., p. 13.
- 16 *Regreso...*, loc. cit., p. 197.
- 17 Cf. Luis Vitale. Historia social comparada de los pueblos de América Latina. Punta Arenas, 1999, vol. 3, pp. 81-83.
- 18 Barrios iniciaba por entonces un rápido ascenso en la vida pública, primero como Conservador de Propiedad Intelectual, en 1925; Director General de bibliotecas, archivos y museos en 1927, para culminar como Ministro de Educación durante el gobierno del Presidente Ibáñez del Campo (1927).
- 19 M. Picón-Salas. "Pequeña confesión a la sordina". *Obras Selectas*. Caracas-Madrid, EDIME., (1ª ed., 1953; 2ª ed., 1962).
- 20 "Amor, en fin, que todo diga y cante". *Regreso de tres mundos*, Autobiografías, p. 215.
- 21 Ángeles Fuentes. "En la intimidad de Mariano Picón-Salas" . (El Mercurio. Santiago, 5 de enero de 1965). (Reproducido en Para Mariano Picón-Salas. (Comp de Rafael Pineda). Caracas: INCIBA, 1966, pp. 95-97.
- 22 "En la fértil provincia señalada". Autobiografías, p. 203.
- 23 Cf. Rolando Mellafe, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas: Historia de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, Edics. de la Universidad de Chile, 1992, p. 150.
- 24 Para un retrato psicológico de Mariano Picón-Salas. Santiago de Chile: Edit. Nascimento, 1970, pp. 32-33.
- 25 Carta a Rómulo Betancourt, fechada en Santiago: 19 de septiembre de 1931. En: Correspondencia cruzada entre Rómulo Betancourt y Mariano Picón-Salas. (Comp. de J. M. Siso Martínez). Caracas: Fundación Diego Cisneros, 1965, pp. 166-170.
- 26 *Ibíd.*, p. 33.
- 27 *Íd.*, p. 65.
- 28 Ricardo A. Latcham. Prólogo a Ensayos escogidos. (Comp de Juan Loveluck). Santiago de Chile: Zig-zag, 1958, p. XI.
- 29 Raúl Silva Castro. "Mariano Picón-Salas". (En *Para Mariano Picón-Salas*. Caracas: INCIBA, 1965, (Comp. Rafael Pineda).
- 30 "Prólogo y digresiones sobre América". En *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", 1977, p. 24.
- 31 Fechada en Santiago el 16 de agosto de 1933, dirigida a Latcham en Pucón, donde se hallaba recuperándose por trastornos de salud.
- 32 "Intuición de Chile". En *Viajes y estudios latinoamericanos*. Caracas: Monte Ávila. 1987, p. 19.
- 33 "Caracas, 1945." En *Obras selectas*.